

y á ello se oponian su extremada conciencia y su amor á la pátria.

De aquí el abatimiento en que habia caido desde que á la par se convencia más y más de su impotencia y de la proximidad del peligro.

Murat, á pesar de todos sus esfuerzos de galantería y de distincion hácia el leal artillero, mirábale con particular desconfianza, con atencion preferente, procurando en lo posible no perderle de vista y adquiriendo á cada momento informes ó haciendo preguntas acerca de los pasos de nuestro valiente, que pudiesen parecer tentativas de sulevacion.

Mas no eran los ojos de Murat los únicos que estaban fijos de un modo particular sobre el capitan Velarde.

Otro personaje muy allegado al generalísimo, y á quien hemos visto desempeñar un papel en la apariencia pasivo en esta narracion, le tenia tambien en la memoria; y acaso, acaso se sentia arrastrado hácia él por otro sentimiento, si cabe, más temible que el que dominaba al duque de Berg y de Cleves.

El personaje á quien aludimos, no era otro que el general Belliard.

No creemos indispensable recordar á nuestros lectores un incidente de suma importancia en el particular de que vamos á ocuparnos, para que desde luego se colija la razon por qué Belliard no olvidaba á Velarde.

Y no tan solamente no le olvidaba, sino que el recuerdo de Velarde era para él una especie de fantasma, cuya presencia causaba vértigos á su amor propio.

Cuando Carolina refirió á su amante la extraña situacion de su coloquio aun más extraño, ambos jóvenes no se fijaron en otra cosa que en la parte cómica del suceso, sin

darle más importancia que algunos minutos de hilaridad, y á los cuales sucedieron bien pronto el olvido y la determinacion de alejar para siempre al importuno.

Pero si ellos pudieron olvidar así lo que poco ó nada les interesaba, Belliard lo llevó grabado sobre el corazón y en su memoria de un modo indeleble.

La bella y tentadora imágen de la condesita del Ramal, fué desde aquel célebre momento de apasionado sonambulismo, una mortificacion cruel.

Una lamentable coincidencia, una distraccion de esas que frecuentemente padece el ánimo preocupado por una pasión amorosa, dió motivo á una escena tan original como equívoca.

Carolina, como ya hemos tenido ocasion de ver, impregnada; digámoslo así, en el recuerdo de Velarde, soñó despierta, y en su éxtasis creyó que él respondía á sus pensamientos, á lo que sentía en aquellos instantes su corazón transportado: la fascinacion era tan poderosa en la jóven, como el amor de que estaba poseida.

En los primeros momentos de la visita hecha por Belliard, la jóven tan solo hizo violentos esfuerzos por mostrarse con él deferente y amable. Habia creído tambien que como siempre, la permanencia del general en su casa, no excederia del tiempo preciso para tratar de los asuntos confiados á ella por María Luisa; mas aquella vez el soldado de Napoleon quiso prolongar su estancia en el gabinete de Carolina más de lo regular.

La condesa, para quien el gangoso acento francés, tenia muy pocos atractivos, le escuchó con verdadera distraccion, y desapercibidamente esta distraccion llegó á su más alto grado: al olvido.

Las distracciones de los enamorados llegan muchas ve-

ces al embeleso, al éxtasis, lo mismo en la soledad que entre el bullicio.

Para los verdaderos enamorados, pues, la soledad no consiste precisamente en la ausencia de toda persona, como sostendria un autor de idilios.

Casos se han visto, y entonces más repetidos que ahora, en que un enamorado, á semejanza de ciertos filósofos, pasa entre la multitud sin apercibirse de ella, sin verla, sin sentirla...

Es que en un caso y en otro, el pensamiento y el sentimiento, egoistas de tan precioso afecto, absorben y abstraen el espíritu, rechazando en absoluto toda otra percepción que sea extraña al objeto preferente á que rinde culto el alma.

La condesa del Ramal se habia visto en este caso precisamente.

Pero por desgracia de Belliard, no fué distraccion, sino éxtasis como decimos, lo que redujo á una inmovilidad voluptuosa y á un sueño magnético á la hermosa y enamorada Carolina.

El general francés comenzó por aburrirla, despues pasó á serla indiferente, y por último consiguió alejar tanto de sí el pensamiento de la jóven, que los bellos ojos de esta, languidecidos por la contemplacion de una imágen lejana, dejaron de distinguir á Belliard y de oir su voz, ni más ni ménos que si toda su gentil persona compusiera el mismo lugar que los muebles de la estancia...

Recordamos de intento esta escena, para que se juzgue el efecto que debió producir en el ánimo de Belliard.

La fascinacion de Carolina le habia fascinado á él.

Establecida, digámoslo así, una atraccion magnética el cuerpo y el espíritu del general francés, quedaron com-

pletamente subyugados á la influencia de la condesa.

Ni el uno ni la otra fueron dueños de sí mismos en aquella extraña situacion de encontrados sentimientos.

La jóven condesa se dejó arrastrar por aquel arrobador encanto, evocacion de su mente enamorada...

Belliard, por el atractivo poderoso de la situacion, y mucho más aun, por la ardiente languidez de unos ojos que destellaban todo el fuego contenido de una pasion tan grande como es capaz de sentirla un corazón español...

El francés, como los sectarios de Mahoma al columbrar las delicias de un Edem lleno de deleites, quiso llegar, embriagado, frenético, hasta la huri que ante sí tenia...

Poseido de la situacion, imaginó sin duda poseerla.

Y sus lábios tartamudearon, faltos de esa entonacion ardiente del idioma de Melendez y de Mena, una declaracion de amor... Pero por su mal la dijo en francés...

Carolina entonces casi llegó á reirse en sus barbas.

El encanto se habia deshecho.

Si el monte Himalaya se hubiese desplomado sobre Belliard, seguramente le habria parecido más ligero, más dulce su peso, que la mirada de aquellos ojos meridionales en que al borrarse los últimos destellos de la pasion, apareció fria y rigida como las eternas noches del polo la expresion de un altivo desden.

Desde aquel instante Belliard fué presa de dos encontrados sentimientos, á cual más poderosos.

Al amor desmesurado que sentia, se unió bien pronto el amor propio ofendido, estado el más grave á que puede conducir al hombre la vanidad, ese amor de nosotros mismos que causa vértigos á la extraviada razon y despedaza el alma.

Cuando ciertas criaturas llegan á este extremo fatal, suelen seguir dos caminos odiosos.

El de la venganza ó el del ridículo.

Belliard escogió el primero.

La venganza es el recurso de las almas pequeñas.

No diremos si Belliard tenia el alma grande ó pequeña, que esto lo demostrarán sus hechos mejor que nuestras palabras; pero desde luego nos consta que era vengativo.

Así lo hizo comprender á la condesita del Ramal.

Esta á su vez lo comunicó á Velarde.

Pero Velarde, obrando acaso con alguna ligereza, se contentó con despreciar las amenazas del general del imperio, previniendo á Carolina le cerrase desde entonces para siempre las puertas de su casa.

Belliard, que no olvidaba ni la bella imágen de la condesita del Ramal, ni el desden de que está le habia hecho objeto, ni el amor profundo que sentia por Velarde, se sintió dominado por el torcedor horrible de los celos, esencia refinada de la envidia:

Desde entonces no cesó de pensar con algun placer en la venganza.

La venganza, en el corazon del general francés, comprendia por igual á la jóven condesa y á su dichoso amante: ni á uno ni á otro quiso perdonar.

¿De qué medios se valió para conseguirlo?

Ciertamente que la nobleza de semejantes medios correria parejas con su torpe vulgaridad.

Vamos á probarlo.

Cuando ciertas criaturas llegan á estas extremas limitaciones, se ven obligados á seguir los caminos odiosos de la venganza. El de la venganza ó el del ridículo. Belliard escogió el primero. La venganza es el recurso de las almas pedregadas.

**CAPITULO XXVII.**

No diremos si el recurso á la venganza ó pedregada que esto lo demuestran sus hechos mejor que nuestras palabras; pero desde luego nos consta que era vengativo.

**Vulgaridad ruin de los medios á que apeló Belliard para llevar á cabo su venganza.**

Pero Volarde, cuando accedió á algunas de las condiciones con despreciar las amenazas del general del ejército, previniendo á Carolina de que desde entonces para siempre las puertas de su casa se abriesen para Belliard, que no olvidaba ni la bella imagen de la condesa.

El general del estado mayor del duque de Berg, como llevamos dicho, se sintió herido en lo más hondo su amor propio.

Preocupado con la idea del ridículo, esta luchó bien pronto con el sentimiento de la rivalidad.

Pero la rivalidad con Velarde, era imposible.

El artillero, más modesto en su carrera, ocupaba un lugar más elevado en el corazón de Carolina.

De este modo, no cabiendo ni aun dentro del excesivo amor propio de Belliard el convencimiento de una rivalidad, de una lucha, la venganza tomó cuerpo en su corazón y centenares de proyectos vagaron por su mente de un modo tumultuoso.

Tan desesperado combate debía tener su fin, y de todos sus proyectos uno solo se le presentó claro, realizable, casi seguro en su ejecución.

Cuando hubo abrigado tal convencimiento, cuando creyó que su proyecto tenia condiciones de seguridad, decidió llevarlo á ejecucion.

Al efecto buscó una persona que se le asociase.

La palabra no es la cierta, la gráfica.

Lo que Belliard buscó fué un cómplice que le ayudase en su venganza.

Una persona extraña á la condesita del Ramal, de nada serviría á los fines del general francés.

Por lo tanto, era preciso, indispensable, dirigirse á la misma casa de Carolina.

En este punto no iba descaminado.

Una doncella de Carolina, la de su más íntima confianza, casi la única que sobre ella tenia cierto ascendiente, fijó desde luego su atencion.

Sin detenernos precisamente á bosquejar su tipo, debemos consignar aqui algunas cualidades que en cierto modo vienen á justificar la seguridad con que Belliard puso en ella sus ojos, al formar su tenebrosa maquinacion.

Enriqueta, la doncella de Carolina, era una jóven como de veintiocho años, alegre y vivaracha, cual lo son comunmente las mujeres de su clase.

Voluble hasta la exageracion, su carácter aparente pudiera muy bien calificarse de indefinible.

Su corteza, pues, no indicaba otra cosa que un conjunto de aturdimiento y de ingenuidad.

Carolina la dispensaba un particular cariño hasta el punto de consentirla familiaridades de esas que honran siempre á un criado, por más que se haga acreedor á ellas:

Por su parte Enriqueta, se esforzaba en servir lo mejor

posible á su ama, y en cuantas ocasiones se la ofrecian la demostraba un cariño tan fraternal, que Carolina llegó en alguna ocasion á enternecerse en vista de tan leal proceder.

Las gentes amigas de la condesa elogiaban repetidas veces á la doncella, ponderando á su ama la fortuna de haber acertado á encontrar un verdadero tesoro.

Esto, como es de suponer, aumentaba más y más el prestigio de Enriqueta; y por más que los otros sirvientes se sintieran dominados por una secreta emulacion, es lo cierto que su privilegiada compañera ejercia sobre ellos un gran predominio.

Unicamente el portero veia con agrado el favor de que gozaba Enriqueta en el palacio de su señora.

Una causa muy poderosa y comun tanto á Enriqueta como á Blas,—así se llamaba el portero,—infundia en este el contento que sentia por la posicion que aquella ocupaba.

El caso no era para ménos.

Enriqueta, si bien distaba mucho, muchísimo de ser lo que se llama hermosa al hablar de una mujer, era dueña de unos veintiocho años robustos, bien formados, llenos de sensualidad á falta de pasion.

Para un portero son indefinibles los atractivos de un tipo semejante, porque habla á lo único que él en su condicion puede percibir: esto es, á los sentidos.

Los sentidos, pues, de Blas, se enamoraron de las redondas caderas, del redondo seno y de los redondos brazos de la sensual Enriqueta, como si dijéramos de la segunda señora de la casa.

La doncella, por su parte, consideró en Blas un buen partido.

Era Blas un mozon de treinta y seis agostos, alto, fornido, de agraciadas facciones y ligeramente moreno.

Su barba negra como sus ojos, picó muy singularmente la sensibilidad de Enriqueta.

Era, digámoslo así, el conjunto de su bello ideal.

Enamorados por fin el uno del otro, llegaron á ser desde entonces una potencia entre la servidumbre escasa de la jóven condesita del Ramal, en cuyo aprecio ganaban de dia en dia, á fuerza de esmero y empeño hasta en adivinar los más escondidos pensamientos de su ama.

Carolina por su parte, sin descender á la cuestion de pormenores, contemplaba con agrado la correspondencia amorosa de su doncella con su portero.

Sin embargo, una circunstancia grave debia poner tasa á los afectos de los enamorados sirvientes.

Todo en este mundo tiene sus límites, y aunque en la apariencia todo continuó lo mismo, Enriqueta y Blas sintieron que sus corazones no eran todo lo efusivos que las gentes decian hácia su jóven y bondadosa señora.

Esta mudanza íntima consistió en lo siguiente:

Blas propuso á Enriqueta un dia un negocio de casamiento.

La muchacha encontró excelente la proposicion de Blas, y como testimonio de su beneplácito, dió en aquella ocasion al portero veinte abrazos más que los cotidianos.

Esto, entre sirvientes, no tiene nada de extraordinario, y por tanto de licencioso é inmoral.

Cada cual se entiende á su manera en este mundo, y si los amantes de cierta gerarquía indican sus afectos por medio del lenguaje, de la mirada; los aguadores, por ejemplo, demuestran su ternura por medio del retozo, y muchas veces del pugilato.

Queda, pues, sentado que la aprobacion de Enriqueta al proyecto de Blas, recibió la confirmacion por medio de algunos abrazos extraordinarios.

En seguida, trás el propósito en principio, entraron en la cuestion de detalles.

Dice una locucion vulgar «que el casado casa quiere.»

Blas y Enriqueta, al entrar en el terreno de los detalles, se ocuparon de lo más interesante, de lo indispensable: y como es de inferir hicieron sus conjeturas sobre los medios de poner casa. En este punto les ocurrió una idea.

La fuente de esta idea era la condesa del Ramal.

Si ella les patrocinaba, todas las dificultades desaparecian como por encanto; celebrándose la fiesta más que con desahogo, con esplendidez.

Carolina era una ama bastante rica para poner casa á sus fieles criados, y un regalo de ella bien podia valer toda una fortuna, relativamente.

Decidieron, pues, comunicarla su proyecto.

En ocasion de estar peinando Enriqueta á su señorita, entabló el asunto de este modo:

—Señorita, —dijo, —desde ayer ando buscando una ocasion buena para pedir á Vd. un favor.

—¿Desde ayer?—preguntó Carolina.—¿Pues por qué has tardado tanto en pedirme ese favor? Otras veces no eres tan reacia en ese punto. Algo malo debe ser...

—Malo, no, señorita; pero es el caso...

—¿Qué?

—Que Blas me instó mucho á que yo la dijera á Vd...

—¿Es cosa de Blas solamente?

—Y mia, señorita.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero acaba de explicarte.

—Pues el caso es, mi querida señorita, —prosiguió En-

riqueta pasando con estudiada lentitud el peine sobre un negro rizo de su ama,—el caso es, que Blas, cosa en que hasta ahora no habia pensado formalmente, quiere casarse.

—¿Que quiere casarse, dices?

—Sí, señorita.

—Y tú...

—Yo... yo, si he de ser á Vd. franca, tambien soy del mismo sentir que Blas: hace ya dos años que nos queremos.

—¿Y tratais de abandonarme?

—Tanto como eso, no; pero ya Vd. ve, una no ha de estar siempre mano sobre mano, quiero decir...

Carolina interrumpió á su doncella con precipitacion:

—Bien, es decir ¿que estás decidida? ¿Quereis abandonarme? ¿Y es eso lo que desde ayer te preparabas á decirme, Enriqueta?

—Es que quisiéramos que Vd...

—¿Os diese mi permiso?

—Eso es, mi querida señorita.

—Sí, dilo en ese tono, con esa gazmoñeria, como si eso te hubiese de valer... Pues no, no quiero que te cases, y no te casarás por ahora... ¿Entiendes? ¡Háse visto!... ¡Así dispones las cosas, como si no hubiera más que decir: esto voy á hacer y esto hago!

Hubo un momento de silencio al cabo del cual notó Carolina que Enriqueta habia suspendido su peinado.

Esto, y un gemido de la doncella, obligaron á que la jóven condesita volviese la cabeza.

Enriqueta estaba llorando.

Semejante actitud la conmovió, así es que dijo tratando de consolarla:

—No seas simple, hija mia; yo no te he negado el consentimiento que me pides: además, tú eres dueña de disponer á tu voluntad. Ya sabes que te quiero, y por lo mismo debiste comprender que lo dicho es pura broma. Veamos, ¿qué es lo que quereis de mí?... Porque yo presumo que no será únicamente mi consentimiento... Acaba y no llores más, pues no hay por qué...

La doncella enjugó sus lágrimas, y como si hiciese un gran esfuerzo sobre sí misma para vencer su pena:

—¡Ah señorita!—exclamó,—¡qué buena es Vd.!... Casi me arrepiento de haber querido á Blas para tener luego que abandonarla: esto será mi única pena.

—Pues bien,—dijo Carolina,—todo tiene remedio. ¿Quieres ser dócil y adherirte á un plan muy bueno?

—Haré lo que Vd. quiera, señorita.

—Escucha: tú ya sabes que de un día á otro...

Enriqueta interrumpió á su ama:

—No diga Vd. más; comprendo lo que va Vd. á decir.

—¿Y te decidirías á esperar?

—¿Pues no? Como que será para mí una gran alegría el ver á Vd. tambien por el mismo camino.

—Entonces, Enriqueta, puedo jurarte que yo misma tomaré bajo mi proteccion vuestro enlace.

—¡Ah! ¿de veras?

—¿He mentido yo nunca acaso?

—Perdone Vd., señorita, ¡pero es Vd. tan buena!

—¡Aduladora!

—¿Y será muy tarde eso?

—¿Tanta prisa tiene Blas, Enriqueta?

—No, pero...

—Vamos, recoméndale que tenga una poca de pacien-

cia, y asegúrale que confío no tardará mucho el momento que deseais.

Enriqueta se deshizo en mil alabanzas de su ama, y aquel día el peinado de Carolina apareció tratado con mayor esmero que de costumbre.

Apenas la doncella se vió libre de sus quehaceres, corrió desalada á la portería, con el júbilo pintado en su moreno rostro.

Blas la esperaba con alguna impaciencia.

—¿Qué ha habido?—preguntó.

—Todo sale á pedir de boca,—respondió Enriqueta.

Y comenzó á referir, interrumpiendo y prolongando con su natural volubilidad la narracion de cuanto acabamos de presenciar en el diálogo antecedente.

Al llegar á lo del plazo el portero hizo una mueca.

Su amante conocia muy bien lo que tales gestos solian expresar en la cara de Blas, así es que le preguntó:

—Pues qué, ¿no te parece bien?

Blas respondió con sorna:

—Esperando á un buen día se murió mi abuela.

—¿Dudas, Blas?

—No dudo, pero tampoco me confío demasiado.

—¿En qué te fundas?

—En que estas gentes hablan ahora de una cosa, prometen hasta hacerle á uno columbrar el cielo, y despues, si te he visto...

Enriqueta le interrumpió:

—Pero nuestra señorita no es de esa condicion.

—¿Lo crees así, Enriqueta?

—¿No he de creerlo?... ¡Es tan buena!

—Corriente, no me opongo; así como así no queda otro recurso: esperaremos sabe Dios hasta cuando.

Desde entonces ambos amantes se dedicaron á esperar el término indeterminado de su enlace.

Algunas veces, pasado cierto tiempo, Enriqueta recordaba á su ama la promesa que la habia hecho.

A su vez Carolina solia decir espontáneamente á su doncella, que entonces cobraba alguna esperanza:

—Dame las gracias anticipadas, Enriqueta, y prepárate; pues bien pronto vas á encontrarte convertida en una mujer de tu casa, en una señora Enriqueta.

La doncella entonces corria á participarlo á su amante.

Pero este, por una desconfianza que acaso le era innata, respondia siempre á las esperanzas de Enriqueta con su eterna duda, no dando aprecio á las palabras, como decia, de los señores: las esperanzas, pues, no encontraban albergue en el corazon de aquel portero positivista.

Enriqueta, á su vez, llegó tambien á dudar.

Pero ya entonces, la doncella dudó con algun fundamento: habia trascurrido año y medio desde la primera palabra que obtuvo al comunicar á su ama su propósito.

Más volvamos á Belliard.

Enriqueta, sin embargo de sus pesares, ni habia enflaquecido como de ordinario acontece en tales casos, ni siquiera perdió su carácter aquella volubilidad habitual de que dejamos hecho mérito al ocuparnos de sus indefinibles prendas morales.

Por su parte Blas, tampoco dejó de seguir en su satisfactorio estado de robustéz.

El romanticismo se hubiese estrellado contra aquellas dos rocas, pretendiendo encontrar una chispa de sentimiento, allí donde todo debia ser sensualidad.

Al propio tiempo que uno y otro proseguian tan fuertes como antes, continuaban en sus halagos y agasajos y soli-

cidad por su jóven ama, haciéndola ver todo el cariño que la profesaban.

Pero á espaldas de Carolina, tomaba cuerpo la murmuracion, y el descontento era evidente.

Exceptuando á los otros dos criados de la casa, algunas personas se apercibieron de esta actitud de los sirvientes, actitud que, sea dicho de paso, parece ser peculiar á los séres de su condicion, amigos siempre de criticar y poner en relieve las acciones y costumbres de sus amos.

Inútil creemos indicar lo que todo el mundo sabe, y es que cuando un criado murmura lo hace siempre ante personas que han de ir á contarlo á sus señores.

Una de las personas que percibieron el descontento de Enriqueta, fué el general Belliard.

El carácter comunicativo de la doncella, por una parte, y por otra la necesidad en que este jefe del ejército imperial se encontró de entrar en confidencia con la muchacha, llegaron á establecer una buena inteligencia entre ambos.

De aquí que, despues de conjeturas y cálculos prolijos, dirigiese Belliard sus miras á Enriqueta.

Al dia siguiente de la aventura que aconteció á Belliard, se procuró este una entrevista con la doncella.

El exordio que precedió á la conversacion, si era digno de las costumbres y de las inclinaciones de una sirvienta, no lo era en verdad de un personaje que ocupaba la alta posicion del general francés.

Parece una fatalidad providencial en ellos; pero cuando los franceses vienen á España, suelen distinguirse por algun hecho ridículo.

A no ser impropio de la índole de nuestra obra, nos entenderíamos largamente en presentar ejemplos numerosos que corroborarian de un modo auténtico nuestra asevera-

cion, sin que para ello nos fuese preciso recurrir á nombres de gentes vulgares ni de soldados.

Es cosa sabida y corriente que los ingleses son propensos á cometer escentricidades curiosas, y que algunas traspasan los límites del original.

Sin embargo, raras veces tocan el ridículo.

En el carácter francés, tan atraviario, tan poco reflexivo, caben el ridículo y la tontería.

Díganlo sino sus escritores, cuando se ocupan de nuestros tipos, de nuestras costumbres nacionales.

Pero insensiblemente íbamos á deslizarnos, y aun renunciando al placer de dar á nuestros lectores un buen rato con las reflexiones que acaban de ocurrírse nos, volveremos á Belliard y á Enriqueta, la doncella de la condesita del Ramal.

Belliard, pues, llamó á Enriqueta y dió principio á su conversacion de la siguiente manera:

—Enriqueta, tú eres una buena muchacha.

La doncella, comprendiendo que de algo bueno se trataba, de un soborno probablemente, hizo un mohín como de modestia, y respondió á su interlocutor:

—Aunque todos los dias y á todas horas me dice lo mismo mi Blas, yo no creo merecer tantos favores.

—Tiene razon Blas, querida, y más razon aun para quejarse de su ama.

Enriqueta preguntó vivamente:

—¿No es verdad que sí, señor general?

Belliard repuso con sorna:

—Sí, Enriqueta, porque tu ama es mala.

—Yo no lo queria creer, aunque bien me lo decia Blas.

¡Qué desengaños sufre una en este mundo! ¡Dios mio!

—Ella tiene la culpa de que tú y Blas no os caseis.

—En cuanto á eso, ¿quién lo duda? —

—Y su amante.. —

—¡Ah! también es posible: habia pensado en ello.

—Belliard se sonrió á pesar suyo, comprendiendo cuanto expresaba la afectada ingenuidad de Enriqueta.

Estaban en camino de una buena inteligencia.

—Y Blas,—añadió,—¿no piensa del mismo modo?

—¡Caramba! parece que adivina Vd.: ¿es Vd. brujo?

—¿Qué significa eso?

—Aquí, en España, un hombre que ha hecho pacto con el diablo.

—¡Ah!

—Pues mi Blas, aunque aparenta lo que aparenta, no puede tragar al capitan: le tiene ojeriza.

—¡Magnífico! así da muestras de tener buen ojo. El artillero es una mala persona, y Blas, tu querido, le conoce á fondo...

—Mi novio querrá Vd. decir, que no mi querido...

—Es igual, allá en Francia son queridos.

—Pero ese es un nombre muy feo...

—¿Lo crees tú?

—En España al ménos.

—Bien, te diré tu novio. Pues tu novio, Enriqueta, juzga muy bien al capitan, y no se le esconde que él es un obstáculo para vuestra felicidad... ¿Digo bien?

—¡Ah! por desgracia muy bien, señor general.

—Voy á proponerte un medio de vivir feliz con tu novio, como tú dices.

—¿De veras?... Por Dios, no me engañe Vd.

—¡Que no te engañe!... de ningun modo, querida mia, y muy pronto voy á darte la primera prueba.

—¿Qué prueba? mi buen señor.

—Toma, este es el principio de tu dote. —

Y Belliard alargó á Enriqueta un bolsillo repleto de oro, bolsillo cuyo son conmovió fuertemente los nervios y dilató de codicia los ojos de la fiel doncella de Carolina.

—Pero... ¿qué me da Vd. aquí?—preguntó balbuciente de emoción.

—¿No te lo he dicho?—respondió Belliard, —la primera parte del dote que necesitáis para casaros tú y Blas.

—¿Pero yo estoy soñando!...

—¿Qué?... ¿te asombra?

—Pues no ha de asombrarme; apenas mi Blas sepa esto, vá á volverse loco de alegría. ¿Cuándo habia de pensar él que tan pronto llegaría á nuestras manos lo que mi señora me pronosticó hace tanto tiempo, y llevaba trazas de cumplir el día del juicio?

—Vamos, veo que yo voy á casaros mucho más pronto que vuestra propia ama: en cuanto me hayas prestado un gran servicio que necesito de tí, entonces os haré casi ricos.

—¿Y qué he de hacer yo para eso?—preguntó de un modo insinuante Enriqueta, que de antemano se preparaba á las exigencias de Belliard.

—¿Qué has de hacer?—preguntó á su vez Belliard.

—Sí, ¿qué servicio quiere Vd. de mí?

—Una cosa muy sencilla.

—Explíquese Vd., señor general.

Belliard reflexionó por espacio de un minuto, y luego dijo:

—Enriqueta, tú y tu Blas, no os encontráis bien en la casa de vuestra señorita: es preciso abandonarla, ó de lo contrario jamás os casaríais.

—En cuanto á eso, no me cabe la menor duda.

—Pues bien, vais á salir de allí.

—¿Cuándo?

—Cuando me hayais prestado el servicio de que voy á hablarte: escuchame con atencion, Enriqueta.

—Ya escucho á Vd.

—Tu ama me hizo noches pasadas un desaire.

—¿Y se ha atrevido á eso? ¡Imposible! á Vd...

—Sí, Enriqueta, y á estas horas ella y su amante se estarán riendo de mí.

—Eso es infame: ¡el diablo del artillero!... ¿Y qué piensa Vd. hacer?

—Vengarme, querida Enriqueta, vengarme.

—Matando al novio, ¿eh?

—No, eso no.

—¡Dios mio! ¿será tal vez á mi ama?...

—¡Quién habla de matar á nadie! De nada me serviría eso, Enriqueta: mi venganza solo se satisface de un modo.

—¿De qué modo?

—Vas á prestarme gran atencion: mi amor propio y la felicidad tuya y de Blas dependen de lo que voy á decirte.

—Ya escucho á Vd., señor general.

Hay escenas en la vida humana que repugna consignar detalladamente en el papel.

Si todo lo que en la esfera privada del individuo se urde cotidianamente, sobrenadára, digámoslo así, hasta mostrarse en relieve con sus más prolijos detalles, con frecuencia tendríamos que cerrar nuestros oidos ó cubrir nuestros ojos, para no percibir la perversidad que se oculta bajo la corteza humana.

La sociedad, si todas sus bondades ó infamias, saliesen á la superficie; se horrorizaría de sí misma.

Y no se crea que el contraste entre lo malo y lo bueno mitigaría el natural horror, á la manera que la luz mitiga los efectos de la sombra: de ningun modo.

En la condicion humana dificilmente cabe este stímulo; porque las virtudes de los hombres jamás, ó raras veces, llegan á compensar sus vicios: que mientras estos son grandes comunmente, aquellas son pequeños átomos perdidos en la inmensidad de las pasiones.

Al hacer punto en la conversacion que mantenian la doncella de Carolina y el rencoroso militar, estamos seguros de que en el enlace natural de los hechos se encontrarán compensados nuestros lectores de esta omision, que hacemos en obsequio de nuestra repugnancia.

## CAPITULO XXVIII.

Carolina.

Mientras Velarde se ocupaba con el ardor de su patriotismo de los graves sucesos que se columbraban; mientras que precisado él y aquellos valientes á ocultarse bajo la misma tierra, para mejor concertar así sus belicosos proyectos, maquinaban á su vez los opresores del pueblo los medios de subyugarle más y más, y hacerle así su esclavo; la enamorada condesita del Ramal, presa de la general zozobra, estaba inquieta por su amante, cuyo valiente espíritu y cuyo ódio á los franceses le exponía casi de un modo evidente á muy graves peligros.

Desde el momento en que comprendió que las simplezas y desaciertos de las altas esferas, habian contribuido muy particularmente á tan alarmante estado de cosas; no fueron ya precisas las amonestaciones de Velarde para que su alma se cerrase al afecto que hasta entonces habia profesado á la reina madre.

María Luisa y la reina de Etruria habían llegado á Madrid: Carolina llegó á saberlo inmediatamente, y aunque dias antes la habia hecho cierta violencia la palabra empeñada á Velarde, llegó espontáneamente á afirmarse en su propósito de no ir al palacio á cumplimentar á la familia real, cuya permanencia, además, en la capital de España, debía durar tan pocas horas.

La noche del dia último á que nos referimos, la hermosa jóven era presa de una inquietud devoradora, que hasta cierto punto habia tomado el carácter de una fiebre.

Los rumores que durante las últimas horas habian cundido, llegaron hasta ella rodeados de proporciones tan graves, que los instantes de su tiempo le parecieron otros tantos siglos de cruel tortura y desfallecimiento mortal.

Cualquier rumor que llegaba hasta su gabinete, introducía la alarma en su corazón angustiado.

Una multitud de tristes presentimientos parecían multiplicarse considerablemente para hacer más aciagas aquellas horas de incertidumbre, en que á la vez la colocaban sus afectos de amante y sus sentimientos de española.

Los amagos de un motin echaron más raíces quizás en su conciencia que en la de los hombres más experimentados y que estuviesen al alcance del verdadero aspecto de la situación porque Madrid atravesaba.

Pero sobre todo, temia por Velarde, cuyo denuedo y arrojo no la daban lugar á esperanza alguna en el caso de un conflicto, de una escision entre el pueblo de Madrid y los aborrecidos franceses.

Hubo momentos en que llegó á tal punto su pesadumbre, su ansiedad, que movida como por un secreto resorte, comenzó á agitarse en su mente la idea de buscar ella mis-

ma al jóven capitan, cuya vida era para ella su más preciado y único tesoro.

Mas la incertidumbre venia bien pronto á desalentarla, y caia en una postracion tanto más dolorosa, quanto el convencimiento de su impotencia era ilimitado.

—¿Cómo buscar ella, débil mujer, al que entregado en aquellos momentos á activos manejos de defensa, no tenia hogar fijo ni sabido donde ir á buscarlo?

Así, en esta situacion de indefinible padecer, llegaron las diez de la noche, sin que Velarde apareciese.

Sola, entregada á sus reflexiones y á sus temores, Carolina sintió sonar en su corazon los golpes del reloj que marcaban aquella hora.

Parecía que en su inquietud, debia volar su amante, aunque no fuese mas que á tranquilizarla.

¡Cuántas veces, en el fondo de su alma, y aun á sus ardientes lábios, asomó una queja por la tardanza del capitan!

Pero en seguida le disculpaba, recordando que el jóven la habia prometido ir una hora más tarde.

Entonces únicamente parecia cobrar alguna tranquilidad, pero tan pasajera, que nada ó muy poco mitigaba la febril inquietud de su espíritu.

Postrada por aquella lucha terrible, se dejó al fin caer como desplomada en un sillón, inclinada hácia atrás la cabeza, y en actitud inquieta, desazonada.

Trascurrió así un cuarto de hora.

Enriqueta entró entonces con paso imperceptible, y se detuvo distante de su ama, que no reparó en su presencia.

—¿Quiere Vd. que la traiga el chocolate?—preguntó.

Carolina se volvió rápidamente, y casi sin fijarse,

—No, no quiero nada,—dijo,—solamente agua, tráeme agua: tengo sed.

Enriqueta salió volviendo luego con un vaso lleno de agua.

Carolina lo tomó y bebió en seguida con avidéz, devolviendo el vaso á Enriqueta, la cual se detuvo un momento, como si una vacilacion ó una secreta fuerza paralizase su accion.

Su ama la miró vagamente, diciéndola:

—¿Querias algo, Enriqueta?

La doncella respondió tartamudeando:

—Nada, señorita; creí que deseaba Vd. alguna cosa más.

—No, puedes irte.

Y Carolina volvió á su anterior actitud de agitacion.

Enriqueta salió del gabinete con paso torpe.

Tampoco advirtió la condesita del Ramal la extraña vacilacion de su doncella, á la cual una fuerza extraña parecia quererla atraer al fondo de la habitacion.

Dirtase que la conciencia del criminal, paralizando con el remordimiento las facultades fisicas de Enriqueta, obra en sus piés un movimiento de retroaccion, muy semejante al embarazo del pánico.

Su jóven ama, preocupada y fija en una sola idea, idea que absorbía su espíritu hasta un extremo febril, estaba muy lejos de concebir inquietud ni temor alguno que no se relacionara con Velarde.

Así, no distinguió tampoco que al levantar y trasponer Enriqueta el tapiz de su gabinete, un movimiento de oscilacion verificado por un cuerpo extraño trás la colgadura, hubiera revelado á los ojos de un observador curioso que allí, trás aquella débil barrera, un cuerpo extraño, un sér,